

DESCUBRIRME EN QATAR

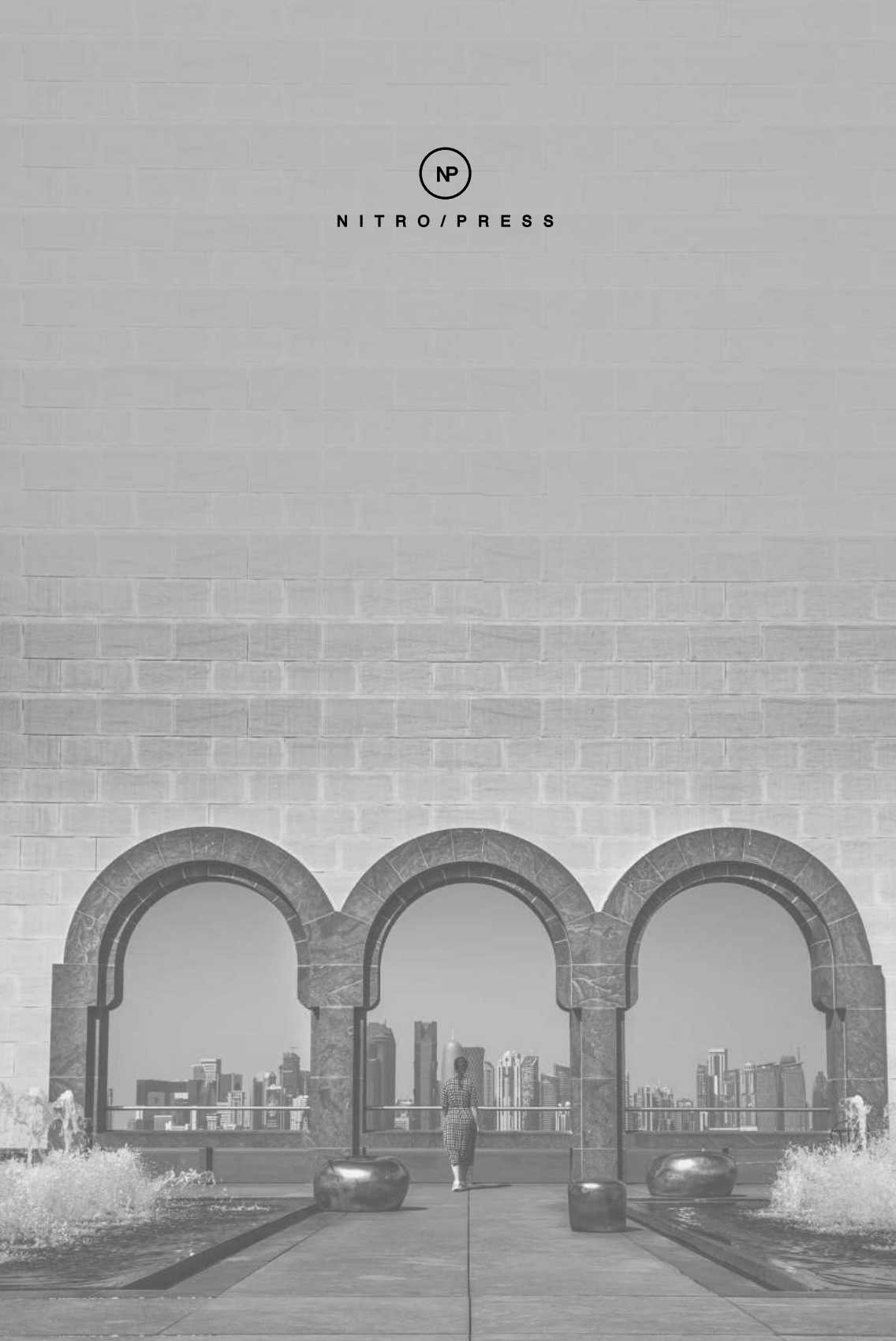
Carla Pascual



NITRO/PRESS



NITRO/PRESS





DESCUBRIRME EN
QATAR



DESCUBRIRME EN
QATAR

© Carla Pascual

Primera edición, agosto 2022.

© 2022 NITRO / PRESS

Dirección editorial: Mauricio Bares

Dirección de arte: Lilia Barajas M.

www.nitro-press.com


editorial.nitropress@gmail.com

 [nitro.press](https://www.facebook.com/nitro.press)

 [@NITROPRESS](https://twitter.com/NITROPRESS)

 [@nitro_press](https://www.instagram.com/nitro_press)

 [NitroPress Editorial](https://www.youtube.com/NitroPressEditorial)

 [@nitro_press](https://www.tiktok.com/@nitro_press)

ISBN: 978-607-8805-15-0

Impreso en México | *Printed in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin la autorización escrita del editor.

Carla Pascual



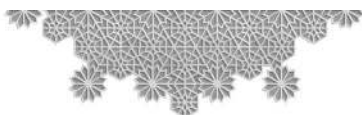
A mi madre y a mi padre por su amor incondicional

*A Erick por su crítica, ánimos y
apoyo incansables para lograr esta obra*

Índice

| | |
|--|-----|
| Prólogo | 11 |
| Nota de la autora | 15 |
| Capítulo 1: Golpe de calor | 17 |
| Capítulo 2: Una tierra desierta | 25 |
| Capítulo 3: Un oasis en construcción | 29 |
| Capítulo 4: Dos pies adentro | 33 |
| Capítulo 5: ¿Qué vestir? | 41 |
| Capítulo 6: ¿Qué decir? | 45 |
| Capítulo 7: A otro lugar | 49 |
| Capítulo 8: El mes de la revelación | 59 |
| Capítulo 9: Sin puertas por tocar | 69 |
| Capítulo 10: Cuando el desierto suena... .. | 75 |
| Capítulo 11: ... vida lleva | 81 |
| Capítulo 12: Qatar adentro | 87 |
| Capítulo 13: ¿Hay de dónde cortar? | 97 |
| Capítulo 14: Apariencias | 105 |
| Capítulo 15: Es lo que hay | 115 |
| Capítulo 16: ¿Hospitalidad? | 123 |
| Capítulo 17: En sus marcas, listos... .. | 127 |
| Capítulo 18: ... ¡Fuera! | 135 |
| Capítulo 19: Construir en el desierto | 143 |
| Capítulo 20: Desierto desierto | 151 |
| Capítulo 21: De regreso | 157 |
| Capítulo 22: Descubrir | 163 |
| Capítulo 23: La primera vez | 177 |
| Capítulo 24: Qatar, ¿un desierto de oportunidades? | 181 |
| Epílogo | 187 |
| Notas al final | 189 |

Prólogo



Escribió Ryszard Kapuscinsky:

En nuestra vida estamos rodeados por un sinfín de mundos inaccesibles para la vista cuya existencia ni tan siquiera conocemos y en cuyo interior seguramente no penetraremos jamás. Nuestra imaginación es demasiado pobre; nuestra intuición, poco fiable, y nuestro saber, parcial y limitado. Por eso las más de las veces no somos conscientes de que podríamos conocer, al menos en teoría, muchas riquezas y cosas extraordinarias que existen al alcance de nuestra mano. Solo que el ansia de conocerlas la tienen muy pocos; se trata de una aventura cultivada por una minoría, de una pasión que en raras ocasiones aparece en el ser humano.

A esa minoría, descrita por el gran reportero y escritor polaco, pertenece Carla Pascual. Su curiosidad y su pasión por conocer el mundo la llevaron a uno de los países más pequeños y prósperos del planeta y quizá también a uno de los más diferentes al suyo. *Descubrirme en Qatar* es el resultado de su travesía por esa península del golfo arábigo que tanto le reveló: de su historia, su naturaleza, su lengua, su religión, su escritura y sus costumbres; de sus habitantes y de un patrimonio cultural y arquitectónico que encontró casi mudo y al que le supo arrancar palabras para conocer y luego difundir sus orígenes. Pero, sobre todo,

como dice el título de la novela, el viaje la llevó a descubrirse a sí misma. En donde menos se imaginaba.

Entre la crónica de viajes y la autobiografía ficcionada, escrita como novela, la obra de Carla atrapa desde sus primeras líneas. Porque es en el vuelo que la lleva a Qatar donde irrumpe su primera sorpresa y la confronta con algo que nada tiene que ver con lo que las narrativas mediáticas superficiales nos cuentan acerca de las mujeres musulmanas. Fracturado el primer prejuicio en un par de líneas, a partir de esa escena la autora nos toma de la mano y nos lleva a conocer ese *otro* mundo con una mirada llena de frescura y disposición, mientras que con la otra mano nos conduce hacia su propia travesía interior.

En Occidente, solemos pensar con arrogancia que los que no pertenecen a nuestra ubicación geográfica son «los otros», «el resto del mundo». Esta novela nos sitúa, junto con la narradora, como «los otros» frente a aquellos. Y nos contagia la avidez de la autora por comprender lo diferente desde ese ángulo.

En el camino, vemos, olemos, tocamos, paladeamos y oímos el mundo árabe en los cinco sentidos de Carla Pascual, que en todo momento comparten lo que perciben. Y de pronto, ya sabemos a qué sabe la comida, el arroz con azafrán y cordero, los dátiles o el jugo de albaricoque. A qué huele Qatar. Cómo dialogan el calor y la piel. Qué quiere decir el silencio de Doha, su capital. A qué hora se oye el llamado al rezo. Qué sentido tiene el ayuno durante el Ramadán. Qué sucede en las bodas, cómo se escuchan las tradiciones, las historias, la religión. Cómo se mira el desierto desde dentro y cómo se siente la música en el cuerpo en esa parte del planeta. Pero también, qué secretos guardan sus espacios, sus monumentos y sitios arqueológicos, sus edificios modernos, sus mezquitas... a qué sabe la vida en las dunas y la sal de la costa.

Hay un nivel de viaje más profundo que el de los sentidos. Es aquel, de índole espiritual, que nos lleva a descubrir dentro de nosotros ventanas y puertas listas para abrirse o murallas inamovibles.

Carla se abre al diálogo con la cultura árabe musulmana y se sorprende a sí misma cuestionando sus propias creencias. Atraviesa momentos de vulnerabilidad y crisis existencial propias de quienes se atreven a descubrir un espejo en esos *otros* que antes parecían tan extraños. Mexicana, egresada de Carnegie Mellon University en Pittsburgh, politóloga, se mezcla con la gente y aprende el vocabulario. Prueba sus formas de vestir. Se escapa del espacio seguro de la universidad donde trabaja, para vivir Qatar de arriba a abajo. Da clases y desarrolla un proyecto cultural. Tenaz, sortea los múltiples obstáculos que se le imponen para descubrir el Qatar profundo en medio de la vorágine modernizadora.

Con lenguaje ágil y ameno que no excluye al sentido del humor, pero con mirada profunda, Carla comparte con sus lectores las aventuras en un país próspero y moderno, pero va más mucho más a fondo y se sumerge en su historia para buscar la raíz de todo aquello que nos inquieta, como la vestimenta de las mujeres, la razón por la que se cubren el cuerpo y el rostro, por qué no pueden ser fotografiadas; a qué se deben la poligamia, los matrimonios arreglados, la segregación de géneros o ciertas prohibiciones que no entendemos.

Y en el camino se pregunta y se confronta: Cómo es que estas mujeres que pensábamos oprimidas se desenvuelven mejor y con más seguridad que nadie. Por qué asumen las prendas que las tapan como parte de su identidad. Y no solo eso, sino que las consideran una ventaja que las libera de tener el cuerpo que la sociedad espera porque nadie las juzgará por su físico sino por su inteligencia y sus valores. La prohibición del noviazgo, ¿las libera de ataduras propias de la adolescencia occidental presionada por tener una pareja como los demás porque lo exige el calendario biológico? ¿Por qué ella misma se siente tan cómoda y segura en un lugar donde las caricias en público están prohibidas? La autora se plantea estas interrogantes y recurre a la escritura para que podamos seguirle los pasos en Qatar. Y recordar a Terry Tempest Williams: «El

desierto es una peregrinación a sí mismo. No hay lugar para esconderse y por eso nos encontramos».

En el contexto actual, un libro así es linterna en manos de los lectores en su camino imaginario hacia Qatar, un país que tiene como valor principal la hospitalidad. Cada página contribuye a la «desjerarquización» del mundo y sus culturas que proponía Kapuscinsky en su ensayo *Encuentro con el Otro*. Es decir, que no existen culturas superiores o inferiores; solo hay culturas diferentes. ¿Qué de nosotros encontramos en ellas? El reto es pensarlo al concluir la lectura. La única certeza por ahora es la que expresa Carla Pascual: «Qatar es más que centros comerciales en el desierto».

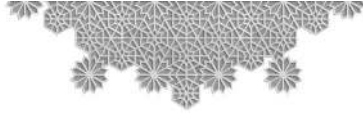
Adriana Malvido

Nota de la autora

Aquí comparto sucesos y recuerdos tejidos en ficción para recrear literariamente mi vida en Qatar.

CAPÍTULO 8

El mes de la revelación



Anqi me citó en su oficina. Como Directora de Relaciones Institucionales, se reunía con altos mandos del gobierno en un país donde la gran mayoría de los puestos directivos los ocupan los hombres. Esto no era distinto de Occidente, lo que era diferente en Qatar era la segregación de géneros que no permite a hombres y mujeres convivir si no son familiares. Para hacer negocios con los qataríes, había que tener una relación personal con ellos.

—Varias veces he invitado a alguno a comer a mi casa con mi esposo y nadie ha aceptado —me platicó.

Anqi y yo vivíamos en desventaja. Los hombres qataríes y expatriados se reunían por largas horas a platicar y socializar en restaurantes o en el *majlis*, una habitación privada cubierta por alfombras y cojines sobre el piso dispuestos contra la pared para sentarse en ellos. En el pasado, el *majlis* era una carpa tejida de tela roja y con delgadas líneas blancas, negras y verdes, como aquellas en las que vivían los beduinos en el desierto. Actualmente, es una habitación privada en las casas de tabique y concreto. Al estar separados, las mujeres poco sabían de las tripas de los negocios y de la política, mucho menos cómo incidir en ellos. El acceso de las mujeres a puestos altos tomaría mucho tiempo.

—Vamos a hacer una comida en casa de Chuck y esperamos que asistan varios prospectos con quienes queremos entablar relaciones —me dijo y me pareció una excelente idea para librar el obstáculo de la segregación de géneros.

Sería para la siguiente semana, antes de que comenzara Ramadán. Había leído que es el noveno mes del calendario musulmán, durante el cual el Corán le fue revelado al profeta Mahoma en el siglo VII de nuestra era. A mí me gustaría que se me revelara un tema de investigación que pudiera trabajar con el gobierno, y cómo Hendrick y yo pudiéramos seguir juntos. ¿Era mucho pedir?

Lo que desconocía era la vida cotidiana el mes de Ramadán:

—Es un mes de oraciones extraordinarias y caridad para los musulmanes —me explicó Anqi—. Mantienen ayuno durante el día para apreciar lo que tienen, para relacionarse con los menos afortunados. Lo rompen al atardecer y el resto de la noche conviven. Al amanecer, de nuevo comienza el ayuno.

En pocas palabras, los musulmanes «se la amanecían» y me sonó a que la cotidianidad estaría de cabeza.

—No es necesario que te abstengas de comer y beber, pero evita hacerlo frente a quienes ayunan.

Entre los que asistieron a la comida se encontraba Asad, director del Portal de Gobierno Electrónico, donde se difundían los trámites y servicios. En cuanto llegó, Anqi me presentó con él. Probablemente no era qatarí, pues vestía traje sastre gris con corbata. Me sentía presionada por encontrar un tema de investigación, así que empecé a conversar con él sobre los avances del portal, el cual había revisado días atrás.

—Vi que en el portal es posible comenzar varios trámites —le dije para iniciar la conversación. Hablé un poco más. Su mirada se distraía y se reacomodó en el sillón, estaba incómodo, tal vez había sido abrupta. Entonces le pedí que me recibiera en su oficina. Accedió, aunque sentí que lo haría más por compromiso que por interés.

Jon se acercó a nosotros y también abordó a Asad respecto al tema del portal. Como estudioso de las ciencias de la toma de decisiones, Jon utilizó el método del árbol de decisión para acotar el

tema: le lanzó una primera pregunta y opciones de respuesta. En función de su respuesta, Jon pasó a otra pregunta con sus correspondientes opciones de respuesta. La mirada de Asad se avivó, incluso se reclinó hacia el frente. Jon era ágil, Asad apenas alcanzaba a reflexionar y responder, cuando Jon ya tenía otra pregunta con un par de opciones para que decidiera entre ellas. Asad estaba casi boquiabierto, probablemente se sintió retado. Cuando Jon alcanzó un resultado final, le dijo:

—Carla te puede ayudar con ese tema.

Yo asentí de manera automática, aunque no tenía ni idea de qué hablaba. Me apuré a sacar mi libreta de notas de mi bolsa y a apuntarlo. ¿Sería la revelación que estaba esperando? Después Chuck nos invitó a pasar para servirnos de comer. Me asomé a los platones rebosantes de tabouleh, jocoque, hojas de parra y arroz con cordero, lo mismo de siempre, pero lucían muy elegantes. Al probarlos, me sorprendió la frescura de los ingredientes, así que tomé la oportunidad de celebrar por la revelación que había recibido, luego la descifraría.

También debido y durante Ramadán las discotecas estarían cerradas. Parecía que Doha se convertiría en un lugar aún más aburrido de lo que ya era, así que quisimos aprovechar los últimos días para divertirnos. A Taryn le recomendaron ir a la discoteca The Pearl, ubicada en un hotel, como todas. En ella tocaban música pop árabe, no solo anglosajona, lo cual nos llamó la atención.

El calendario Hijra se basa en el ciclo lunar y tendríamos que esperar a que el Comité de Avistamiento del Primer Creciente lograra verlo y decretara el inicio de Ramadán. Desde el departamento de Jason y Taryn no alcanzábamos a ver la luna y discutimos sobre si ir a The Pearl o no. Jason se resistía, no veía porqué teníamos que atenernos al Comité.

—La ciencia es capaz de contar los ciclos lunares con exactitud, ¿por qué tanto misterio? Que si la ven, que si no la ven.

—Supongo que prefieren congregarse a esperar a la luna en lugar de consultar a la ciencia —dije con una sonrisa.

—Será una pérdida de tiempo —remató.

—Vamos, Jason, si no está abierto, ya veremos qué hacer. Yo conduzco —dijo Frank.

Nos dirigimos a The Pearl y en el recorrido no dejamos de fijar la vista en el cielo para ver si divisábamos la luna, mientras Taryn platicaba que había avanzado en la organización del viaje a Kenia, al que iríamos de safari en las vacaciones durante la última semana de Ramadán—. ¿Vas a venir a Kenia con nosotros, Carla? —preguntó Frank

—Mmmh, quería hacer ese viaje con Hendrick el próximo semestre, pero no sé si vendrá —y les expliqué lo sucedido. Quedé muy tentada de acompañarlos.

Llegamos a la entrada de The Pearl y nos topamos con la puerta cerrada.

—Les dije que sería una pérdida de tiempo —reclamó Jason.

De la ilusión de ir a bailar y divertirnos, pasaríamos a la abstinencia por un mes. En el trayecto al coche, Taryn buscaba la luna:

—Yo no la veo —dijo.

—No importa que tú no la veas, Taryn —le dijo Jason—. El Comité la vio y es suficiente.

La temperatura agradable inspiró a Frank para proponernos ir al malecón a pasear y disfrutar del mar. Mientras caminábamos entre la brisa ahora sí refrescante, me di cuenta de que Doha era una ciudad silenciosa, lo cual apreciaba.

Un grupo de tres mujeres musulmanas caminaba hacia nosotros, eran de estatura media. Las escuché platicar animadas al pasarnos.

—¿Cómo se sienten al verse rodeados de mujeres cubiertas? —pregunté a Jason y a Frank.

—No me resultan atractivas —respondió Frank.

—No parecen mujeres —dijo Jason.

Quien dispuso que las mujeres se cubrieran de negro lo había logrado: el negro hace que las curvas del cuerpo se difuminen y no resulte tentador verlas.

Días después, Amel me invitó a celebrar Ramadán al hotel Intercontinental. Ella era la única mujer qatarí miembro de alguna facultad en Education City y enseñaba literatura en lengua inglesa en Carnegie Mellon. Era mi contemporánea y desde que nos presentaron nos entendimos muy bien, como si nos conociéramos de toda la vida.

—Los hoteles instalan carpas tradicionales en los jardines y en la playa. En el interior puede haber un *majlis* o mesas con sillas al estilo occidental y venimos a celebrar durante la noche —me explicó de camino al hotel en su camioneta BMW 5, la más grande de la marca. Los qataríes recibían una manutención mensual que les permitía darse lujos así—. ¿Sabes qué es un *majlis*?

—Sí, un espacio donde se reúnen los hombres.

—En un sentido más amplio se refiere a la reunión de personas en torno a intereses religiosos, políticos o sociales comunes, así que también las mujeres se reúnen en *majlis*. Ah, y también es la asamblea legislativa, ahí solo se admiten hombres, pero la de Qatar sí permite que participen mujeres.

Al caminar por el hotel pasamos tiendas de lujo que mostraban zapatos y bolsos en los aparadores. Los precios eran exorbitantes y, aun así, las qataríes los pagaban.

—La *abaya* solo deja ver nuestros zapatos y bolsos, es lo que nos diferencia en público —su explicación tenía sentido.

También noté que estaban modificando las *abayas*, habían comenzado a incluir algunos diseños con colores discretos. La de Amel tenía encaje negro en los puños y dejaba ver su camisa de rayas verticales de manga larga: rosa mexicano con verde esmeralda. Lucía muy elegante.

Nos sentamos en una carpa para mujeres. Hubiera podido ordenar alguna bebida alcohólica, pues en los hoteles estaba permitido servir-

las, pero no lo hice porque Amel no bebería por ser musulmana y también porque, para mi muy grata sorpresa, había agua de tamarindo, tal como la que bebemos en México. Se estila durante Ramadán, como el jugo de albaricoque, que ordenó Amel. Lo que sí hice fue aceptar que ordenara una *shisha* para mí. El mesero trajo una caja con varias latitas de tabaco y esta vez escogí sabor canela. Di una fumada que demostró que mi técnica había mejorado. Amel incluso dijo que lucía sofisticada, lo cual me causó risa. Comencé a relajarme de mi nerviosismo por mi reunión con Asad. Había revisado y vuelto a revisar el portal de trámites de Qatar y no lograba concretar ideas para proponerle. Había leído la revelación, la idea de investigación que Jon sugirió en la comida, y seguí sin entenderla. Me había debatido entre ir con él a preguntarle para descifrarla o abstenerme para evitar que me bombardeara con otras ideas ininteligibles para mí. De repente, el picor de la canela atacó mi garganta y me sacó de mis pensamientos, me hizo toser y mi sofisticación se derrumbó mientras Amel se carcajeaba. Después de varios tragos de agua, recuperé la voz.

—¡*Ramadan Mubarak!* —me dijo—. Quiere decir que tengas un Ramadan bendecido.

—*Ramadan Mubarak* tú también.

Semanas atrás había quedado boquiabierto por la manera de pensar de la jequesa Mozah, a quien escuché en una entrevista que le hicieron en el programa televisivo *Doha Debates*. ¿Cómo se sentiría Amel?

—Hace rato hablamos de la bolsa y los zapatos, ¿no te molesta usar la *abaya* y no ser libre de vestir lo que quieras, de mostrar tu estilo?

—Yo visto mi estilo, la cuestión es a quién se lo muestro.

A ella misma, a sus amigas, a otras mujeres y a su esposo, los hombres no estaban dentro de la lista de a quienes las mujeres musulmanas muestran su estilo y apariencia. Como dijeron Frank y Jason, no llamaban su atención. La conversación se estaba poniendo interesante y di un trago de agua para prepararme y seguir:

—¿Y cómo es que tu familia te permitió mudarte a Londres a estudiar el doctorado?

—Logré convencer a mi papá una vez que mi hermana alcanzó edad de estudiar fuera. Así, las dos nos acompañaríamos.

—¿Extrañas Londres?

Amel suspiró y recargó su barbilla sobre una de sus manos.

—Doha es taaaan aburrida —la escuché mientras fumaba shisha. No solo le encantaba Londres por las innumerables actividades que ofrece, parecía que lo necesitaba. En cambio, en Doha había pocos lugares a donde ir y tenía actividades restringidas por ser mujer. Por ejemplo, los qataríes pasaban sus fines de semana en las albercas de los hoteles cinco estrellas, como los habíamos visto en el hotel Four Seasons. Pero las mujeres no pueden estar ahí en traje de baño.

—Nosotros los expatriados también nos aburrimos... —en Doha había solo unas cinco o seis discotecas, un complejo de cines que proyectaba las películas con las escenas de sexo y de besos apasionados eliminadas, un par de parques pequeños y la playa a una hora en coche. No había actividades culturales, ni en el exterior—. Hacemos nuestras propias fiestas y jugamos juegos de mesa. Cuando tengamos internet en el departamento, seguramente nos sumergiremos en él —continuó. La invité a ir conmigo a mi clase de yoga y me aclaró que no podría si la clase era mixta. Nuestros planes se acabaron ahí porque, sí, era mixta.

—¿Usabas la *abaya* en Londres?

—¿Sabes? Cuando decidí comenzar a usarla en mi adolescencia, me sentí feliz porque sentía que ya había crecido. En Londres, fue una carga, parecía un disfraz, que no era yo misma. Ahora que volví a Qatar, mi «Amel moderna» tiene sentimientos encontrados, no sé qué simboliza la *abaya* para mí.

—La jequesa Mozah cree que resulta liberadora; como cubre a la mujer, se libera de tener que tener el cuerpo que la sociedad espera. Las mujeres simplemente tienen el cuerpo que quieren... ¡o que pueden! Cuántas han caído en la anorexia para ser súper delgadas.

—¿Estás diciendo que estoy gorda?

—Por supuesto que no.

Se echó a reír.

Estaba disfrutando la conversación, me sentía contenta de tener una amiga qatarí. De camino a mi departamento, me llamó la atención la pantalla de su camioneta: indicaba que Arabia Saudita estaba a 150 kilómetros y que tenía suficiente gasolina para llegar allá.

—¡Mira! Podemos ir a Arabia Saudita —le dije—. Bueno, no: las mujeres no pueden conducir allá —Amel me volteó a ver con el cejo fruncido.

—Pues no porque no traigo *burka* para cubrirme de pies a cabeza —se soltó a reír.

—Bueno, tampoco porque no venimos con familiares hombres.

—¡Se te subió la *shisha*! —dijo y rio a carcajadas.

Llegó el día de mi cita con Asad y no me sentía segura con los temas que le propondría; no me había atrevido a consultar a Jon para entender su propuesta o encontrar otras. Temía salir otra vez con las manos vacías.

Su actitud al recibirme era la misma, parecía obligado. Le expliqué los temas de investigación que había pensado, pero no los acogió con interés. Los suyos eran muy técnicos y yo no tenía conocimiento al respecto. Lo vi impacientarse y me despedí. Otra vez no había podido llamar la atención de una de las instituciones más importantes de gobierno electrónico. ¿Qué podía hacer? Era cierto que el gobierno electrónico se encuentra en todo el gobierno, pero ¿a qué institución dirigirme? Me sentí más perdida e insegura que nunca, en medio de un océano lleno de posibilidades y yo con mi brújula rota.

Entré al auditorio y la discusión en árabe entre Maha y Mohamed llamó mi atención.

—¿Sobre qué discuten? —pregunté a Noor.

—Qué proyectos proponer para la Semana de Innovación.

Ella argumentaba en un volumen de voz normal, con contundencia y libremente. Ante la insistencia de él no se sintió amedrentada, siguió discutiendo e incluso alzó el volumen de voz. ¿Cómo reaccionaría él? Volteé a verlo de inmediato: respondió de manera tranquila, sin sentirse confrontado o que tuviera que responder con mayor volumen de voz o de manera agresiva, parecía estar acostumbrado a que las mujeres discutieran y a no siempre ganar.

Esta dinámica se repitió en otras ocasiones entre mis estudiantes. Pensé que tal vez debí de haber presentado mis propuestas con un volumen de voz más elevado a los funcionarios del gobierno. Tal vez había sido suave, modosita para agradarles.

Hendrick me llamó por la tarde. Le platicué de los planes para ir a Kenia: no me reclamó por no esperarlo para ir juntos:

—Conseguí trabajo —ahora sí, la revelación. ¿Quería escucharla? Apreté los labios y cerré los ojos. Respiré para poder hablar.

—Me da gusto —era cierto, pero a la vez sentía mucho temor de saber dónde. ¿Podría estar con él en su nuevo destino luego de mi estancia aquí? Hubo un silencio, yo no me atrevía a preguntar dónde y él tal vez esperaba que le preguntara.

—Es en Alemania —mi corazón se acongojó.

—No hablo alemán, no podría vivir allá.

—Lo sé, pero es una buena oportunidad.

¿Qué fue esa respuesta de «lo sé»? ¿No iba a intentar que estuviéramos juntos? ¿O por lo menos a disimular que lo deseaba? Mi enojo subió la temperatura de mi cuerpo y de mi cara, me quitó las palabras. Respiré:

—¿Cuándo te vas?

—En un mes.

Abstenerme de Hendrick parecía ser la revelación sobre nuestro futuro, mis ojos se humedecieron.

De regreso a casa, contemplé el desierto que me rodeaba, me encontraba trabajando del otro lado del mundo gracias a que había

estudiado en un país extranjero. Hasta ahora, la globalización me había sonreído, pero tenía sus limitantes, a veces había que escoger y Hendrick escogió su desarrollo profesional sobre nuestra relación.